te la de las clases pobres, la organizacion del trabajo, el espíritu de asociacion para el fomento de los grandes intereses procomunales, las casas de espósitos, las penitenciarías, los establecimientos de correccion, y toda clase de instituciones de beneficencia, ¿dejan de ofrecer problemas sumamente complicados, de presentar gravísimas dificultades, de necesitar el ausilio del desprendimiento, del amor de la humanidad desinteresado y ardiente? Ese desinterés, esa abnegacion, ese ardiente amor de la humanidad, solo pueden nacer de la caridad cristiana: esta puede obrar de infinitas maneras; pero el secreto para que su accion sea mas bien dirigida, mas enérgica, mas eficaz, es hacer que se personifique en algunas de esas instituciones que se sobreponen á las afecciones particulares, que viven largos siglos como un grande individuo, en el cual no figuran las personas, sino como en el cuerpo humano las moléculas que entran y salen incesantemente en el movimiento de la organizacion.

Repito que tengo viva esperanza en la utilidad social de las comunidades religiosas. En el porvenir de la civilizacion moderna, se me ofrecen como poderosos elementos de conservacion en medio de la destruccion que nos amenaza, como un lenitivo á crueles sufrimientos, como un remedio á males terribles. El egoismo lo invade todo; y yo no conozco medio mas eficaz para neutralizarle, que la caridad cristiana. Los hombres se reunen para ganar, y tambien para socorrerse por cálculo; yo deseo que se reunan ademas para ausiliarse con absoluto desprendimiento del interés propio, ofreciéndose en holocausto por el bien de sus semejantes. Esto hacen las comunidades religiosas; y por esta razon, me prometo mucho de su influencia en el porvenir del mundo. No pueden ser inútiles, mientras haya salvages y bárbaros que civilizar, ignorantes que instruir, hombres corrompidos que corregir, enfermos que aliviar, infortunados que consolar. De V. afectísimo y S. S. Q. B. S. M.

J. B.

CARTA XXIV.

Mi apreciado amigo: Ha podido V. notar en mi carta anterior que esponia mis ideas con la mayor brevedad posible, y para esto tenia una razon especial que consistia en el temor de que el asunto se le hiciese pesado; pues que daba yo por cierto que las comunidades religiosas no habrian sido el objeto favorito de los estudios de V., y que por consiguiente solo podria soportar algunas indicaciones rápidas, en las que la memoria de los claustros no le hiciese perder el recuerdo del mundo. Ahora veo que su espíritu de V. va tomando una direccion algo mas séria; y no cree ya que objetos cuya historia ocupa largos siglos, y que de tal modo se enlazan con el desarrollo social de las naciones modernas, puedan ser conocidos con un estudio superficial, ni deban ser condenados con ocurrencias agudas. Al fin va V. penetrándose de la injusticia y frivolidad del método volteriano, que traduce sus dificultades en sarcasmos, y contesta á las razones mas sólidas con una sonrisa burlona. El error es mas tolerable cuando va acompañado de cierto amor á la razon y sentimientos de equidad. Mis observaciones sobre las comunidades religiosas le parecen á V. dignas de atencion: esto me basta; pues que mi objeto no era otro que escitar la curiosidad de V. por si lograba que algun dia estudiase á fondo estas materias con el detenimiento que su gravedad reclama. Mal podia lisonjearme de circunscribir esta cuestion á los reducidos límites de una carta, cuando estoy persuadido de que podria escribirse sobre este punto una interesante obra, y de no escasas dimensiones. Como quiera, ya que V. se empeña en continuar discutiendo, no tengo inconveniente en satisfacer sus deseos.

Considera V. los institutos religiosos bajo el aspecto de la severidad, pareciéndole esta un tanto escesiva, atendida la humana flaqueza, é innecesaria ademas para conseguir el objeto que los fundadores se proponian. Yo tengo sobre este particular convicciones

muy diferentes; y para ello me fundo no precisamente en el respeto debido á la sabiduría y santidad de aquellos ilustres varones, sino en razones nacidas de la naturaleza misma del corazon humano. Voy á esponerlas brevemente.

La vida religiosa aisla en cierto modo de los demas hombres al individuo que la profesa. Con los votos se rompen los lazos que le unen al mundo; la amistad y la familia desaparecen, en cuanto se opongan al objeto del instituto. El religioso es un hombre que aunque mora sobre la tierra, está enteramente consagrado á las cosas del cielo. La propiedad, ese poderoso vínculo que liga á los individuos y á las familias, que los hace pegar, por decirlo así, á un lugar determinado, como se pega la planta á la tierra de donde recibe su vida, no ecsiste para el religioso; no solo no la tiene, sino que se ha privado de la facultad de tenerla; por amor de Jesucristo se ha hecho pobre para siempre, se ha condenado á no poseer nada. Con el voto de castidad está privado de la familia; y con la vida comun, no puede tener aquellas relaciones domésticas que sustituyen en el corazon á las de la familia propia. La obediencia no le permite elegir el lugar de su habitacion, ni tampoco entregarse á sus ocupaciones predilectas. Es un hombre escepcional en todo, que en todo se mueve por reglas diferentes de las del comun de los hombres.

Este individuo, aislado de esta manera, sin mas contacto con el mundo que el que le permiten las prescripciones á que se halla sometido, no deja de ser hombre, no se ha convertido en ángel; tiene sus flaquezas, sus deseos, sus caprichos, abriga un corazon que late, que está sometido á las mismas impresiones que el de los que viven en medio del mundo. Lleno de juventud y de vida, su pensamiento vuela mas allá del recinto monástico; su corazon se dilata, necesita satisfacerse con algunos objetos, que si no los encuentra en su instituto, irá á buscarlos en otra parte. ¡Desgraciado, si aflojada la severidad de la disciplina religiosa, teniendo un pié en el claustro pone el otro en los umbrales del mundo; si quiere vivir en dos elementos, á manera de anfibio, que tan pronto se sepulta en las profundidades de un lago, como respira un aire que abrasa, en el ardor de los arsenales! Los resultados no pueden menos de ser funestos: se establece una implacable lucha entre las influencias de elementos tan contrarios; el infortunado se halla sometido á la accion de dos fuerzas opuestas; su alma necesita dividirse en dos partes, por decirlo así; su corazon, sujeto á violentas alternativas de espansion y compresion, se rompe y destroza.

Entonces, resulta por necesidad un chocante desacuerdo entre el

instituto y la conducta, entre las palabras y las obras: siendo el desórden tanto mas monstruoso, cuanto es mas vivo el contraste. He aquí una razon profunda de la severidad de los fundadores; he aquí por qué lo que á primera vista pudiera parecer ecsageradamente riguroso, es altamente cuerdo y previsor. Un hombre sin propiedad, sin familia, sin libertad en sus actos, consagrado por voto á la práctica de las virtudes evangélicas, y que sin embargo se olvidase de sus deberes y reuniese en torpe mezcolanza el trage de la austeridad con la relajacion del mundo, seria un objeto repugnante.

Ahora bien: en el fondo del alma humana hay un caudal de actividad que se despliega con el ejercicio de diferentes facultades: el entendimiento, la voluntad, la imaginacion, el corazon, necesitan pábulos en que cebarse: mientras el hombre vive, sus facultades viven con él; vano empeño seria pretender ahogarlas; lo que conviene, es moderarlas, dirigirlas, subordinar á las mas nobles las menos nobles, procurar que la espansion y energía de aquellas, no permitan á estas traspasar los límites señalados por la razon y la moral. La indulgencia con las malas pasiones, con los instintos peligrosos, lejos de producir el *saludable desahogo* que V. se promete, levantarian en el corazon movimientos tempestuosos, y acabarian pronto con toda disciplina. La historia de la Iglesia nos ofrece repetidos ejemplos que confirman esta verdad, y justifican la prevision de los fundadores de los institutos religiosos. La naturaleza humana es tan débil, son tantos los pliegues de nuestro corazon, son tan varias é ingeniosas las ilusiones con que procuramos engañarnos, que la esperiencia atestigua no estar de sobra ninguna precaucion cuando se trata de evitar abusos; mayormente, si es preciso estender la vista mas allá de la esfera individual y ocuparse de instituciones que han de vivir largos siglos. Esta consideracion me lleva naturalmente al ecsámen de lo que V. llama "*pequeñeces* que se pueden despreciar sin perjuicio de la disciplina."

Todas las leyes, todas las instituciones aplicables á los hombres, necesitan á mas de su constitutivo esencial, fuertes preservativos contra la destructiva accion del tiempo y del contacto humano. El mundo moral, á semejanza del físico, está sujeto á un continuo flujo y reflujo de accion y reaccion. A todo lo que debe durar mucho tiempo, no le basta abrigar un poderoso principio de vida que rechace la corrupcion y la muerte de las regiones del corazon y de las vísceras indispensables á las principales funciones del organismo; es necesario que los preservativos se hallen á larga distancia del centro de la vida, en todos los puntos de la periferia, como centinelas avanzados que rechazan la corrupcion y la muerte, mucho

antes que lleguen á entablar su lucha destructora en los puntos mas delicados de la organizacion.

Eche V. una ojeada sobre las leyes sin observancia, sobre las costumbres corrompidas, sobre las instituciones políticas ó sociales que han perdido su fuerza; siga V. la historia de la decadencia de las cosas mejores, y notará que en el bien como en el mal hay en el mundo una ley por la cual se hacen los tránsitos de un estremo á otro, no repentinamente, sino por una gradacion suave, y muchas veces imperceptible.

¿Por qué ha caido en desuso una ley utilísima hasta el punto de que nadie repara en infringirla abiertamente? ¿Se comenzó por quebrantarla sin rebozo? De ninguna manera. Lo que se hizo fué principiar por el descuido de una formalidad, al parecer de poca importancia: la prescripcion de la ley quedaba cumplida; lo que se dejaba sin observancia era una cosa insignificante, puramente reglamentaria, que ni se hallaba en la mente del legislador, ni siquiera formaba parte de la ley. La rendija estaba abierta, el tiempo debia encargarse de ensancharla.

La ley, mientras estaba cubierta por la formalidad llamada insignificante, no se hallaba en contacto inmediato con las resistencias que encontraba en la ejecucion. La formalidad era una especie de cuerpo tupido y elástico, que quebrantaba el ímpetu de los choques, y no dejaba que saliesen lastimados los artículos de la ley. La formalidad ha desaparecido; los artículos se hallan descubiertos, desnudos; encontrando una resistencia, ellos tendrán que sufrir el roce ó el golpe, y será mas fácil que se los lastime. Y esa resistencia, mas ó menos fuerte, la encuentra toda ley; porque la ley seria inútil si no tuviese por objeto el restringir en algo la libertad, el oponerse á fuerzas que quieren estralimitarse.

¿Qué sucede en tal caso? Antes se luchaba con la formalidad, ahora se lucha con el mismo testo de la ley: su letra está terminante; pero su espíritu, cosa de suyo algo vaga, se presta á interpretaciones favorables. El legislador dijo esto, no cabe duda; pero su mente no podia ser tan rígida; las circunstancias han variado notablemente; y ademas, el caso de que se trata *hic et nunc*, es de tal naturaleza, que si el legislador pudiera ser consultado, se pondria de parte de la interpretacion benigna. Tambien se ha de tener presente que el artículo á cuya letra se quiere faltar, es de los menos importantes; si se tratase de alguno fundamental ya seria otra cosa; entonces se observarian con todo rigor la mente y la letra. La transaccion se ha consumado, mi apreciado amigo, el artículo de la ley es quebrantado; la rendija se ha convertido en un

anchuroso boqueron; bien pronto entrarán por él cuantos deseen marchar á su objeto por el camino mas corto; con el tránsito continuo la abertura se hará mas espaciosa, y la ley, sin ser derogada, quedará anulada completamente. La infraccion habia comenzado por una formalidad insignificante, y el resultado ha sido quedar reducida la pobre ley á una insignificante formalidad, porque tales somos los hombres; cuando hay algo que contraría nuestras pasiones ó intereses, atropellamos por todo, rompiendo primero las formas, destruyendo despues el fondo mas íntimo de los objetos; pero cuando los interes y las pasiones pueden ya obrar holgadamente sin encontrar ninguna resistencia, entonces nos acordamos de alguna formalidad inofensiva, la ponemos en práctica, y con la mayor seriedad del mundo nos hacemos la ilusion de que observando la formalidad, observamos todavía la difunta ley.

La historia de la infraccion de las leyes, es la historia de la corrupcion de las costumbres, de la decadencia de las instituciones mas robustas, de la degeneracion de las cosas mas santas. Nuestro corazon es profundamente sagaz; somos mas hipócritas con nosotros mismos, que con los otros. Las arterías que empleamos para engañarlos á ellos, no tienen comparacion ni en número ni en calidad, con las que inventamos y practicamos para engañarnos á nosotros mismos.

Toda ley, toda institucion, deben estar rodeadas de fuertes preservativos. La habilidad del legislador, del fundador ó del institutor, se manifiestan en el modo con que ha sabido tomar las avenidas por donde su obra debia recibir los ataques de las pasiones y flaquezas humanas. Una ley puede ser muy severa, estar acompañada de una sancion terrible, y sin embargo no servir para su objeto, y estar segura de ser luego quebrantada; así como otra, muy suave en el fondo, puede estar combinada tan sábiamente, rodeada de tan oportunos preservativos, que se estrellen en ellos los ataques mas impetuosos, y posea fuerza bastante para triunfar de las mayores resistencias.

A la luz de estas observaciones, comprenderá V. sin dificultad, la dilatada prevision encerrada en las *minuciosidades* que le escandalizan á V. En general, los fundadores de los institutos religiosos se distinguieron no solo por su santidad, sino por un profundo conocimiento del corazon humano. No pocos entre ellos, habrian sido escelentes legisladores. Tan distante me hallo de tener por escesivas las precauciones que á V. le parecen tales, que por el contrario, creo no se los pudiera culpar, y antes bien alabar, si las hubiesen tomado mayores. La accion del tiempo y el fuego de las

pasiones humanas ejercen de continuo un roce destructor, que muchas veces no ha menester choques violentos para acabar con las cosas mas robustas. Juzgue V. lo que sucederia si no se hubiesen tomado á tiempo las precauciones convenientes.

No comprende V. la razon "del cúmulo de obligaciones con que se hallan abrumados algunos institutos religiosos:" siendo esta una objecion general, solo se le puede contestar con reflecsiones generales. Una de estas, y que me parece decisiva, la tengo ya indicada anteriormente. La actividad, y sobre todo, en individuos aislados, necesita un pábulo continuo. La llama de la vida, ha de consumir algo; si la dejamos encerrada, ociosa, en nuestro interior, nos devora á nosotros mismos. Sin mucha ocupacion, sin multiplicadas prácticas, ¿cómo se llena la vida de un solitario? ¿cómo se evita que se levanten en su corazon formidables borrascas, ó que sucumba bajo el peso de un tedio insoportable? Estas consideraciones son bastantes para desvanecer las prevenciones de V. contra lo que apellida "ecsagerado misticismo de algunos institutos religiosos;" pero como este último punto es de la mas alta importancia, quiero someter al buen juicio de V. otras reflecsiones que me parecen dignas de atencion.

Es un hecho fundamental, constantemente observado, que la actividad de nuestras facultades gasta de un fondo comun, y que el aumento de fuerza en las unas, suele llevar consigo disminucion en las otras. No es posible tener en muchos sentidos un mismo grado de actividad; y de aquí ha nacido el proverbio de las escuelas: "pluribus intentus minor est ad singula sensus." Cuando las facultades animales tienen un gran desarrollo, las intelectuales y morales padecen debilidad; y por el contrario, cuando la parte superior del hombre, el entendimiento y la voluntad, se desenvuelven con grande energía, las pasiones se enflaquecen y pierden su imperio sobre la conducta. Los grandes pensadores se han distinguido casi siempre por su alejamiento de los placeres de la vida; y los hombres entregados á la sensualidad, rara vez se distinguen por la elevacion de sus pensamientos. Quien está dominado por pasiones brutales, pierde aquella delicadeza de sentimientos que hace percibir inefables bellezas, en el órden moral y hasta en el físico; y un continuado ejercicio de sentimientos esquisitos y puros, que saliendo de la esfera de la sensibilidad comun, parecen tocar á las regiones de un mundo ideal, se opone al desarrollo de las pasiones groseras, que lastiman el alma arrastrándola por un lodazal inmundo.

Ya habrá V. comprendido á donde voy á parar con estas obser-

vaciones; me propongo nada menos que defender el misticismo en el terreno de la filosofía, y manifestar la utilidad de que se le desenvuelva fuertemente en los institutos religiosos. La imaginacion necesita espectáculos en que pueda saborearse; el corazon ha menester de objetos que esciten su amor; si no se le ofrecen en el terreno de la virtud, irá á tomarlos en el del vicio; y la llama no dirigida hácia Dios, se enderezará hácia las criaturas. ¿Le parece á V. que un corazon como el de Santa Teresa de Jesus podia vivir sin amar? Si no se hubiese consumido con la llama purísima del amor divino, se hubiera abrasado con el fuego impuro del amor terreno. En vez de un ángel que escita la admiracion de los mismos incrédulos que han leido por casualidad alguna de sus páginas admirables, tal vez hubiéramos tenido que deplorar los estravíos de una muger peligrosa, trasladando al papel sus pasiones, con caractéres de fuego.

Chateaubriand hablando de San Gerónimo ha dicho con profunda verdad: "aquella alma de fuego necesitaba de Roma ó del desierto." ¡A cuántas y cuántas almas pudiera aplicarse el pensamiento del ilustre poeta! El gran corazon de San Bernardo, ¿qué hubiera hecho de su sensibilidad, si no hubiese encontrado un inmenso pábulo en las cosas divinas? Aquella actividad inagotable, que atendia á las ocupaciones de religioso, á las de consejero de reyes y papas, y caudillo de un movimiento europeo que lanzaba el occidente sobre el oriente, ¿en qué se hubiera cebado, si desde sus primeros años no hubiese tenido un objeto infinito, Dios?

Hago estas indicaciones con la rapidez que ecsige la brevedad de una carta; V. podrá fácilmente desenvolverlas aplicándolas á muchos personages y á varias situaciones de la historia de la Iglesia en todos los siglos. No todos los hombres son como San Gerónimo y San Bernardo; pero todos necesitan ocuparse y amar. Si no se ocupan bien, se ocupan mal; el ocio, no suele ser otra cosa que la práctica del vicio. Si no se ama lo bueno, se ama lo malo; si no arde en nuestro pecho la llama que purifica, arde la llama que afea. Queda de V. su afectísimo y S. S. Q. S. M. B.

J. B.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO